

cir a aquellos mozos que sus hijos y sus hijas, en plan divertido, llenarían las butucas de cualquier *cine* burgués para ver, indiferentes, las escenas de *Resurrección* convertidas en película! Para la generación de los padres, que aún recuerda las luchas que en su adolescencia provocaban los estrenos de Ibsen, cada página de León Tolstoi era la revolución en la conciencia, la crisis religiosa y moral, la transformación del hombre interior y el advenimiento de una sociedad nueva.

Ahora, quizás, mientras el hijo se entretiene con la proyección de la cinta cinematográfica—¡el místico anhelo del apóstol eslavo convertido en *film*, cambiado en técnica y en mecanismo!—, el padre vuelve a abrir los libros olvidados de su juventud. ¿Qué impresión le harán ahora? Hoy, por ejemplo, con motivo del centenario de Ibsen, ¿qué efecto nos producen las hondas y fuertes y duras palabras del *Brand*?

Una observación viene en seguida al pensamiento. El siglo XIX murió, como había vivido, con la obsesión del problema. «Problema» es, seguramente, la voz que más veces se repite en los escritos de la pasada centuria. Tuvo ésta el gusto por los problemas, el amor a los problemas. Problemas religiosos, problemas políticos, pro-

blemas estéticos, problemas económicos, problemas sociales. Cuando el siglo XIX, en una serie de volúmenes o de conferencias, quería atraer a su público, lo anunciaba de seguro bajo el usual epígrafe: *Los grandes problemas actuales*. Porque todo lo que se presentaba bajo el aspecto de «gran problema» era para aquellos hijos de Adán tan tentador como el fruto del árbol del Bien y del Mal.

El rasgo esencial de la época, su característica, consistía en ver todas las cosas en forma de problema. (Ciertamente que todas ellas tendrán perpetuamente este aspecto; pero tienen, a la vez, otros muchos). La vida no estaba ahí para ser vivida, sino para ser discutida. No era un goce, ni un deber, ni un camino, ni una jornada de trabajo, ni un día de fiesta: era un problema. Y la literatura se convertía, a su vez, en una titánica remoción de problemas. «La muchedumbre danza al borde del abismo», dice Brand. «Todas las almas deberían temblar y gemir, y no hay, sin embargo, una entre mil que se dé cuenta de la deuda acumulada, del compromiso terrible nacido de esta simple palabra: la vida».

Gustaban más los problemas que las soluciones. El mundo no era un lugar de contemplación estética, ni un campo de acción vigorosa, sino un labo-

ratorio de inacabable investigación; no era el jardín helénico, ni el valle de lágrimas, sino el laberinto de las rebuscas. El hogar, un problema; la producción, un problema; el arte, un problema; el amor, un problema. «Dios no ha creado más que enigmas», decía Dostoyevsky, cuyo centenario hemos conmemorado también hace unos años. Toda solución parecía inferior, insuficiente, casi indigna. El verdadero sentido de la vida consistía en un incesante batallar desesperado con sombras sin cuerpo, preguntas sin respuesta y problemas sin solución.

Brand es el símbolo del problema insoluble. *Brand* es el ejemplo magnífico del drama de ideas. *Brand* es la llama que se consume a sí misma, y al destruirse, ilumina. Escrita la obra hace más de medio siglo, suena ahora como algo insólito en medio de una nueva generación que va perdiendo el interés por los problemas, que va embotándose para aquella angustiosa voluptuosidad con que el hombre del siglo XIX respiraba el problema por todos los poros de su alma.

Esta nueva generación pide soluciones, aunque sean mediocres, y no problemas, aunque fueren magnos. Más que en Europa se ve eso en América, sin duda porque América es más

moderna que Europa. En América, sobre todo en los Estados Unidos, la vida es más fácil, más suelta, más cómoda, porque allí han aumentado las soluciones y han disminuido los problemas. El norteamericano es el hombre que realiza mucho y cavila poco. Los «grandes problemas», el religioso, el político, el social, apenas existen para él. No tiene más que problemas pequeños, a los que da soluciones gigantescas. Pero para eso, al desembarcar en los Estados Unidos, donde Brand sería un caso de locura, el europeo que entró en la vida intelectual bajo los influjos de Ibsen y Tolstoi siente todo el vacío de una civilización indiferente a los inagotables y supremos problemas del hombre y del universo...

Cerremos ya el volumen. Ese ardiente sacerdocio de Brand—«¡o todo o nada!»—resulta anacrónico en un tiempo en que cada ciudadano pretende poseer prácticamente algo, y se jacta de haber renunciado al ansia infinita del Todo. ¡Soluciones! ¡Soluciones, y no problemas!, es el imperativo del momento. Sin embargo... Sin embargo, cabría preguntarse qué valor humano podrían tener las soluciones sin problema en almas que no hayan vivido antes la fecunda inquietud de los problemas sin solución.

Luis de Zulueta

la verdad... ¿Usted se casaría conmigo?...

Le iba a contestar, pero no me dejó.

—Soy un poco vieja y fea—siguió con una especie de coqueteo que hoy me da risa—pero lo quiero mucho, y como le dije hoy, podemos ser felices en todo sentido... La cosa es, que hay que casarse, si no, *ninte!*

Yo nunca había pensado en semejante cosa, pero comprendí que la gringa no iba a aflojar ni por un queso, y conseguí ponerle buena cara.

—¡Oh! misia Carolina! Nunca creí otra cosa, y casarme con usted será mi felicidad—le dije.

Se rió muy contenta, y me dió la mano que me apretó mucho, con los ojos medios llorosos.

—¡Bueno, bueno!—siguió—Entonces yo le daré lo que quiera, y si no tiene inconveniente, mañana mismo se va a Pago Chico, a comprar todo lo que haga falta para casarnos en cuanto pasen las amonestaciones...

Y como para ensartarme más de lo que estaba, dijo que el negocio no era más que una parte de su fortuna, porque tenía un campito ahí cerca, arrendado a unos vascos, unos pesitos puestos en Buenos Aires, en el Banco de Italia, y algunas cositas más que yo vería después.

—¡Aunque no tuviera en que caerse muerta, misia Carolina!—le dije contentísimo.—¡Sería lo mismo para mí, y me casaría

con usted inmediatamente...! ¡Sí! Mañana mismo me voy al Pago, a hacer las compras, a ver al cura, a buscar los padrinos, y mandarme hacer una ropita decente, porque no me he de casar como un zaparrastroso.

Y agarrándola por la cintura, como para bailar, le grité:

—¡Ya verás, m'hijita, qué felices vamos a ser!...

Pero aunque el negocio me conviniera mucho, yo no dejaba de tener un poco de vergüenza, por las relaciones y la familia, que no iban a dejar de saber mi casamiento, porque al fin y al cabo yo no soy un cualquiera, aunque anduviese más pobre que las ratas... ¡Y se me ocurrió una idea macanuda!

—Mirá, hijita—le dije sobre el pucho:—como vos sos viuda y yo soy un poquito más joven, como no tengo un real ni para remedio, fuera de los que vos me das,—será mejor que tratemos de no dar que hablar a las lenguas largas: ya sabés lo mala y enredadora que es la gente, sobre todo en Pago Chico. Casémonos, pero sin fiesta, que para fiesta bastantes somos los dos...

—¿Y de ahí?—me preguntó medio alarmada.

—¡Mirá! Arreglamos con el cura Papagna la dispensa de las amonestaciones; viene aquí mismo, nos casa, con algún vecino, o el mismo ño Cipriano, y un amigo de confianza, de padrinos, y después, cuando todo el mundo sepa y se haya acos-

tumbrado, si se nos antoja podemos dar cuanto farra se nos dé la gana, sin que nadie se ría de nosotros, ni ande con habladerías, ni levantadas...

—¡Hacé lo que querás! me dijo por fin la gringa, que estaba más contenta que cuzco recién desatado.—Con tal de que nos case el cura, y nos eche la bendición adelante de los padrinos, a mí no me importa nada. ¡Hacé lo que querás!...

VIII

PUES, señor! Echo en saco roto una punta de menudencias para contarles lo del cura, que es realmente divertido, como que a mí mismo me dejó pasmado, y medio sonso, aunque haya visto tantas cosas raras en la vida.

Este cura, que era un napolitano cerrado de lo que no hay, hacía poco que estaba en el Pago, pero por las mentas ya se había puesto riquísimo y pensaba irse pronto a su tierra. ¡Rico! Díganme, háganme el favor, cómo puede ponerse rico un cura, en un pueblo de campo, aunque le lluevan las limosnas y le goteen las velas para los santos, y haga como el sacristán de Nuestra Señora de la Estrella: «¿la mitá p'a mí, la mitá p'a ella?» Yo no creía, ni muchos creían tampoco, que el cura Papagna estuviese regularón siquiera; pero es que era un verdadero pillo, un gran canalla, un fraile como no he visto

otro en todas mis recorridas por esta tierra, en que he hallado unos muy buenos, otros regular no más, y otros muy malos... ¡No, lo que es como aqué!...

El cura Papagna era bajito, gordinflón, muy narigueta, bastante canoso, con unas manos peludas y como patas de carancho, pero más gruesas, natural! Andaba siempre con la sotana perdida de lamparones, y la barba sin afeitar de muchos días, así es que parecía—y era—un sucio! Yo no sé si han notado que hay gente que se diría que no se afeita nunca; pero entonces ¿cómo es que siempre tienen cortos los pelitos de la barba?...

Bueno, pues, cuando salía al campo, a casar y bautizar, iba en un bayo tan peludo y tan sucio como él. Por el pueblo, poco se le veía, sino en la misma iglesia y a la hora de la misa, o cuando había rosario, novenas, o qué sé yo. Según decían los comerciantes del Pago, nunca gastaba un cobre, y hasta vendía las gallinitas y pollitos que le llevaban de regalo las beatas. Siempre andaba llorando miseria aunque el cuerpo le destilara grasa por todos lados. ¡Corrían unos cuentos de él!... Muchos vecinos se habían quejado varias veces al arzobispo, no me acuerdo bien por qué, pero el arzobispo se hizo la chancha renga, y el cura Papagna siguió tan suelto de cuerpo en la parroquia, casando, bautizando, diciendo misa y